

Viajera en la memoria

Miércoles 16 de agosto de 2006 (10:00)

Teresa Miaja

Una niña en la guerra de España (Primera parte de tres)

Esta noche cerrada, nos han sacado a todos: mi madre, mis hermanos y mi cuñado. Nos llevan de la Comandancia, donde nos tenían reclusos, a un lugar más seguro, nos dicen.

Nos llevan en silencio con el rostro alargado y la mirada perdida. Con angustia y congoja observo a mi madre: es el semblante de la desolación en espera de lo peor.

Pasamos calles oscuras, caminos desconocidos, los coches están reduciendo la velocidad y atravesamos un puente que nos lleva a un gran castillo, una fortaleza que permanece en las sombras. Soldados, guardias, se oyen voces de mando, se abren rejas y puertas y nos encaminamos por un pasillo, entramos en una sala llena de bancos acomodados frente a una gran mesa donde se encuentran sentados puros oficiales. Pasamos mis hermanas (Conchita, Pepita, Luisa) y yo –como si estuviéramos en el cine- nos sentamos en los primeros bancos; los demás, cautos, permanecen alejados.

Nos hacen preguntas, nos piden nuestros nombres, la edad... llega mi turno: Teresa Miaja Isaac, 9 años.

Más tarde, pasados los años, oiría a mi madre relatar la escena con su punto de vista: “Había que ver a las niñas sentadas en el banquillo de los acusados: contestaban las preguntas allí, donde habían estado criminales y asesinos”.

Mi hermana Luisa y yo estamos sentadas en la celda, más bien es un pasillo que une las tres celdas. Estamos frente a una ventana enrejada, son tres, una enfrente de la puerta de cada celda, con fuertes barrotes; como el muro es muy grueso, más de un metro, hay otra reja de barrotes al finalizar el grueso muro. En el exterior se ve un pedazo de mar.

Oigo decir a mi hermana Conchita que ese grosor de muro nos da seguridad, porque en caso de bombardeo la cárcel es una fortaleza. Escucho que eran mazmorras para apresar a los piratas en este lugar tenebroso a orillas del mar.

Estoy sentada con mi hermana Luisa de once años, dos años mayor que yo, en vísperas de hacer un trato: hoy es día en que nos sirven papas hervidas rociadas con aceite. Nos gustan mucho, pero nos dan tan poco que no las saboreamos. El trato consiste en la que vamos a echar suerte y a la que le toque la de malas entregará su ración a la otra, ya la semana entrante le tocará a ella. Preferimos un día de ayuno a cambio de otro saboreo total. La suerte me favoreció a mí, pero en ese momento veo entristecido el rostro de mi madre.

En esas tres celdas unidas por el pasillo, a un lado de la puerta por donde entra el carcelero, se encuentra una habitación amplia con dos lavabos, una pileta y un excusado; yo no había visto nunca uno igual, pues se trata de dos huellas de pisada con un agujero en medio. “Así es mejor - dice mi hermana Conchita, es más higiénico”.

Vivimos solas. Por mi hermano y mi cuñado vinieron el otro día y se los llevaron. Ante el llanto y los gritos de mi madre, el carcelero le dijo que se calmara, que no los iban a fusilar, sino que los trasladaban a un campo de concentración, que ésta era una cárcel para mujeres. Mi madre, en su desesperación, se tranquilizó un poco, y el carcelero le dijo: “Guarde compostura, porque lo que acabo de decir es secreto, y arriesgo mi pellejo”.

Diario La Razón

UN NUEVO PERIODISMO: SOBRIO, SERIO Y CONCISO

Viajera en la memoria

Jueves 17 de agosto de 2006 (10:00)

Teresa Miaja

Una niña en la guerra de España (Segunda parte de tres)

Estoy en la azotea del presidio, con mis hermanas. Contemplo hacia abajo el patio común, donde salen las reclusas que viven hacinadas, en grandes celdas comunes, en las que duermen amontonadas en estrechos camastros. Desde lo alto veo las gruesas rejas que se abren al patio para que salgan a airearse una vez al día.

A nosotras, aisladas, nos conducen siempre en la azotea. También contemplo desde allí el mar. El amplio horizonte donde mi vista se pierde. El mar, un atractivo grande para mis ojos que ahora veo con tristeza y nostalgia: apenas unos meses antes, el mar significaba para mí vacaciones, nado, chapoteo, carreras, zambullidas, sol y gozo. Ahora representa sólo una imagen que se pierde en la lejanía del puerto del Melilla.

Miro con interés la parte más alta de la azotea, donde vive el Comisario responsable del reclusorio, que vive con su familia: miro a su hija, una niña un poco mayor que yo que porta el uniforme falangista: camisa azul marino y falda tableada del mismo color. La veo elegante, su vestimenta impecable en contraste con la ropa que, por escasa, uso día tras día. Siento un vislumbre de envidia que pronto canalizo para desprenderme de ella. Pienso: “No, qué elegante ni qué nada: lo azul simboliza la Falange, la tiranía, Franco... Mi ropa luida representa las ideas avanzadas de mi padre, la mente abierta, el ideal republicano...” Dejo de mirarla y sigo contemplando el mar.

Pasan los meses y seguimos en la cárcel, en Melilla, lugar del Levantamiento. Desde el comienzo de la guerra nos apresaron y nos enviaron a la Comandancia Militar, pero mi madre dice que en este presidio estamos más seguras, más encerradas y más controladas porque en la Comandancia, elegante construcción afrancesada, llena de ventanales y cristales y rodeada de moros, podíamos padecer un linchamiento colectivo por venganza, según las noticias que llegaran del frente de guerra.

Después de estar todo el día encerradas, a las tres de la tarde nos suben a la azotea para que nos dé el aire. Sigo contemplando el mar y Melilla la Vieja, la reconozco muy bien, mi padre nos llevaba allí a pasear. También contemplo ese gran patio donde están tantísimas mujeres recluidas. Pero en un rincón de la azotea jugamos mi hermana Luisa y yo. Mi madre y mi hermana Conchita van caminando. Nosotras jugamos a la cuerda y brincamos el “double”, una manera de saltar que requiere mucha habilidad, pues se trata de que la cuerda pase dos veces en cada brinco. Primera es un tocino rápido, rápido se brinca y luego viene el “double” y sigue el tocino más rápido en determinado brinco. Para poder hacer el cambio tenemos que cantar canciones y en la sílaba larga viene el “double”.

Estamos canta y canta, brinca y brinca.

en el mar hay un pescado que tiene la cola ro—sa, la cola ro—sa.

Que me han dicho que tu novio,

que tu novio se va con o—tra, se va con o—tra.

Y seguimos saltando y turnando:

en el mar hay un pescado

que tiene la cola a—zul, la cola a—zul.

Que me han dicho que tu novio,

que tu novio es un gan—dul, es un gan—dul.

en ese momento, mi hermana Conchita nos arrebató la cuerda:

-Dejen de brincar y cantar, ustedes no se van nunca a casar -las lágrimas corren por su cara-, nos van a matar a todos.

Mi hermana Conchita no oculta sus temores y sus miedos. En voz alta y temblorosa, llena de angustia, interpreta y sopesa todo lo que nos puede pasar en estos días de guerra. Su alarma es grande y nos contagia su susto desmesurado. Yo vivo amedrentada.

Años después he pensado: ¿Por qué no respetaron mi infancia? Si hoy en día, delante de los niños no dicen cuentos colorados, por no perturbar su inocencia, ¿por qué decían tantas expresiones terríficas y macabras delante de mí?

Diario
La Razón UN NUEVO PERIODISMO: SOBRIO, SERIO Y CONCISO

Viajera en la memoria

Viernes 18 de agosto de 2006 (10:00)

Teresa Miaja

Una niña en la guerra de España (Tercera y última parte)

Recostada en la celda, recuerdo muchas escenas del verano anterior: estoy sentada con mi padre en el café al aire libre, entre palmeras, en un parque de Melilla. Es el atardecer y saboreo un chocolate. Mi padre charla con un amigo y yo contemplo a la gente pasar. De repente, de una hornilla sale un fogonazo explosivo. Un grito unánime se escucha... Al pasar unos minutos, tras el susto, vuelve la calma; me doy cuenta de que yo fui la primera que corrí y la que más lejos me trasladé. Busco a mi padre y lo veo en la misma mesa sentado, solo... el miedo no se contagia.

Ahora, en esta noche oscura, sé que mi padre se encuentra frente a otros fogonazos y que estos sí son explosivos de sangre y muerte.

Canjean nuestra libertad: prisioneros franquistas por prisioneros republicanos. Nos trasladan a Oujda, territorio de Marruecos francés: estamos a salvo. Nos reciben en el Consulado, nos dan la bienvenida y nos dirigen al comedor: una gran mesa está servida, buffet abundante. Nos colocamos alrededor de la mesa, de pie y muy silenciosas. El Cónsul nos observa, nosotras mirando la comida después de tanto tiempo de hambre y ayuno, no sabemos si es realidad o fantasía y rompemos el llanto.

Nos quedamos en el extranjero, en espera del acontecer de la guerra. Hojeo con interés creciente los periódicos, es la única vía de comunicación para saber de mi padre. En las primeras páginas leo su nombre, veo su foto. Sé que está vivo y en pie de lucha. Extraña comunicación para una niña; no es por carta, tarjeta o telegrama. Viviendo lejos en el extranjero sabía, pues, de mi padre en el parte de guerra, ¡que época infernal!, ¡qué atmósfera dantesca!, ¡qué terror en la lectura! Mi padre ante la metralla y los bombardeos, los incendios y el estruendo de las explosiones, y la prensa como medio de información familiar.

Y no es para menos. Pasados muchos años, en la biblioteca, le digo a mi nieta:

“Mira, si buscas Miaja en cualquier enciclopedia (era un tomo de Larousse), lo menos que leerás será: Miaja, José... militar español, General desde 1932, fiel al régimen republicano, fue Ministro de Guerra en 1936 y Presidente de la Junta de Defensa de Madrid 1936-1939”.

Sorprendida y admirada queda mi nieta: su bisabuelo, un personaje ilustre registrado en las enciclopedias; ello le inspiró un reconocido trabajo escolar.

La niñez es un registro de trascendencia en la paz y en la guerra.

Diario

La Razón

UN NUEVO PERIODISMO: SOBRIO, SERIO Y CONCISO

Viajera en la memoria

Miércoles 23 de agosto de 2006 (05:00)

Teresa Miaja

Una niña en la Guerra de España

Los recuerdos vienen a la mente. Han pasado muchos años pero las vivencias de una niña de nueve años acuden con precipitada realidad.

Estando en la cárcel de Melilla padecimos dos bombardeos. De niña aprendí que cuanto más tiempo se oye el silbido, más se acerca la bomba hacia ti. Y antes que oigas el estruendo, se escucha el ruido de los motores de los aviones volando. ¡Qué estremecedor! ¡Qué macabra experiencia!

Mucho tiempo tuvo que transcurrir para poder olvidar la asociación del vuelo de aviones con el bombardeo. Escuchar los aviones en el lejano cielo era, con el alma encogida, revivir la posibilidad del lanzamiento de bombas.

Así fui creciendo con lo que quedaba impreso en mi conciencia: miedo, terror de niña que sólo pudo ir reduciéndose con el tiempo en la lejana tierra del exilio.

Por la ventana enrejada de nuestra celda veo un trozo de mar. Imagino cómo en siglos anteriores por allí pasaron barcos piratas, con sus mástiles y velas henchidas por el viento. Siempre, desde

niña, el mar me ha producido una apasionante atracción: el cielo, alta mar, mareas y oleajes... Pero la realidad perturbaba mi ensoñación: por la pequeña ventana atraviesa un acorazado con su artillería poderosa, sus largos cañones. Estamos en guerra. Y con la guerra termina la seducción del mar.

En esta atmósfera estremecedora, mi mente infantil está pendiente de toda conversación, de todo comentario. Intuía el peligro de lo que podría acontecer, pero lo que más me orientaba era la lectura del rostro de mi madre. En él podía ver lo que se avecinaba, lo que temía, el grado de congoja que controlaba. Veía lo que me atemorizaba o tranquilizaba.

Pero no todo era tiempo de tensión, pues mi madre, con extraordinaria y sorprendente energía, la veo barre y barre por el pasillo, trabaja y va de acá para allá.

-¿Pero para qué barres tanto? –le dice mi hermana.

-Para que esté limpio.

-¿Y para qué lo quieres tan limpio, si todo acabará en un bombardeo?

-No importa, la bomba hará un agujero y dirán:”¡Qué personas vivían aquí, tan limpias y ordenadas!”.

La comida que nos sirven es burda y escasa. Entre el hambre, la preocupación y el miedo, o lo que pueda suceder, nuestro semblante se va afilando, los pómulos salientes, las ojeras oscureciéndose; hemos perdido peso, la anemia se hace presente y nuestro aspecto es demacrado, débil y vacilante, pero la vida sigue.

Sin embargo, nuestras deficientes comidas no representan recuerdos insoportables. La explicación es evidente, salta a la vista: en aquellas circunstancias no teníamos apetito y nadie estaba bien dispuesto a comer con saciedad porque vivíamos con un nudo en la garganta, con el total desconsuelo. No hay apetito cuando el alma perturbada entristece, ante la ausencia de libertad, ante la brutalidad del enemigo político. Lo esencial es la supervivencia cotidiana.

El carcelero avisa que nos pasa el plato metálico con la ración del día. Vemos, como de costumbre, el pan ennegrecido con pedazos de trigo sin moler. Lo acompaña un reducido manojito de sardinas secas en salmuera. Estas sardinas representan el alimento popular del puerto. La abundante pesca se conserva en grandes toneles, muy acomodadas: las cabezas en la periferia y juntas en el centro por la cola. Todas muy acomodadas, una encima de otras y rociadas con abundante sal gorda. Así duran largas temporadas, la sal las protege de la descomposición.

Este relato cambia de significado cuando se cambia el espacio y el tiempo, pues, pasados los años, en una conversación, un amigo me dice, con fina ironía.

-Pero qué recuerdo tan agradable, qué sofisticada comida: pan negro con arenques.

Diario
La Razón UN NUEVO PERIODISMO: SOBRIO, SERIO Y CONCISO

Viajera en la memoria

Miércoles 13 de septiembre de 2006 (05:00)

Teresa Miaja

Una niña en la Guerra de España

Había pasado un año de guerra y estábamos en el extranjero en espera de qué rumbo tomaba la contienda. Mi padre estaba en Madrid en la primera línea de fuego. Mi hermano Pepe, militar, seguía en una prisión de Burgos. Y mi hermano Enrique, el único que había gozado de libertad, fue hacia África para reunirse con nosotros, recién liberados.

Ante la lucha encarnizada en todos los frentes de guerra en España, mi padre quiso poner tierra de por medio y nos envió al Cairo.

Ya he cumplido los diez años, mis temores de guerra, fusilamientos, matanzas, calabozos y bombardeos se van alejando. Pero yo sigo temerosa. La guerra, aunque lejana en kilómetros, la tengo presente en la cara larga de mi madre, su mirada triste y lejana. Seguimos inseguros, con temor de lo que pueda pasar.

Voy a la escuela y me siento confundida y desarraigada. Todas las niñas hablan francés y árabe. Ante mi desconcierto emocional se agrega un sentimiento desconcertante y un deseo de aislamiento.

La maestra habla y no la entiendo; las niñas juegan y no sé qué hacen; y en mi casa, todos con semblante pesaroso por lo que sucede en Madrid. Es la guerra de lejos, muy lejos; pero tan presente en los hilos de nuestro destino.

La guerra ha terminado. Tengo 11 años, la hemos perdido, pero estamos todos reunidos, a salvo. A mi padre lo tratan como un héroe.

Se avecina la Guerra Mundial, no nos quedaremos en Europa, saldremos para América, nos alejaremos de los frentes de batalla y esperaremos a que cambie la historia de España.

Protegidos por autoridades francesas, nos embarcamos para cruzar el Atlántico; iniciamos el destierro, pero nos encaminamos hacia la libertad.

Ya en el barco, ante el mar, el horizonte y la brisa, se van alejando mis miedos. Con la travesía siento un nuevo renacer. Atravesando el océano, un mundo de paz se abre ante mis ojos, mis ilusiones se desbordan: el contento corre por todo mi ser.

Vamos a México, donde mi familia vivirá contenta y yo más contenta que ellos, porque aquí me he identificado, ha sido un trasplante venturoso; tanto, que recuerdo después de muchos años transcurridos, una conversación:

-Pues habla usted de México, y usted es española, su acento no lo ha perdido.

-Pues seré española de nacimiento, pero aquí estudié, aquí me dieron mi certificado de Primaria, de Secundaria, de Preparatoria y mi título universitario, de modo que mi preparación y mi educación no viene de España, donde nunca regresé, mi formación profesional se la debo a México. Y a esto agrego que después de trabajar 30 años, soy maestra jubilada, y no es España sino México quien ve por mi seguridad social. De manera que olvide usted el acento, pues no cuenta dónde nací, sino dónde me he identificado y entregado mi entusiasmo en el trabajo. De niña sufrí por haber nacido en España, de adulta estoy arraigada en México.